

EDICIÓN CONMEMORATIVA DEL TRICENTENARIO
H. XIII AYUNTAMIENTO DE LOS CABOS, B. C. S.



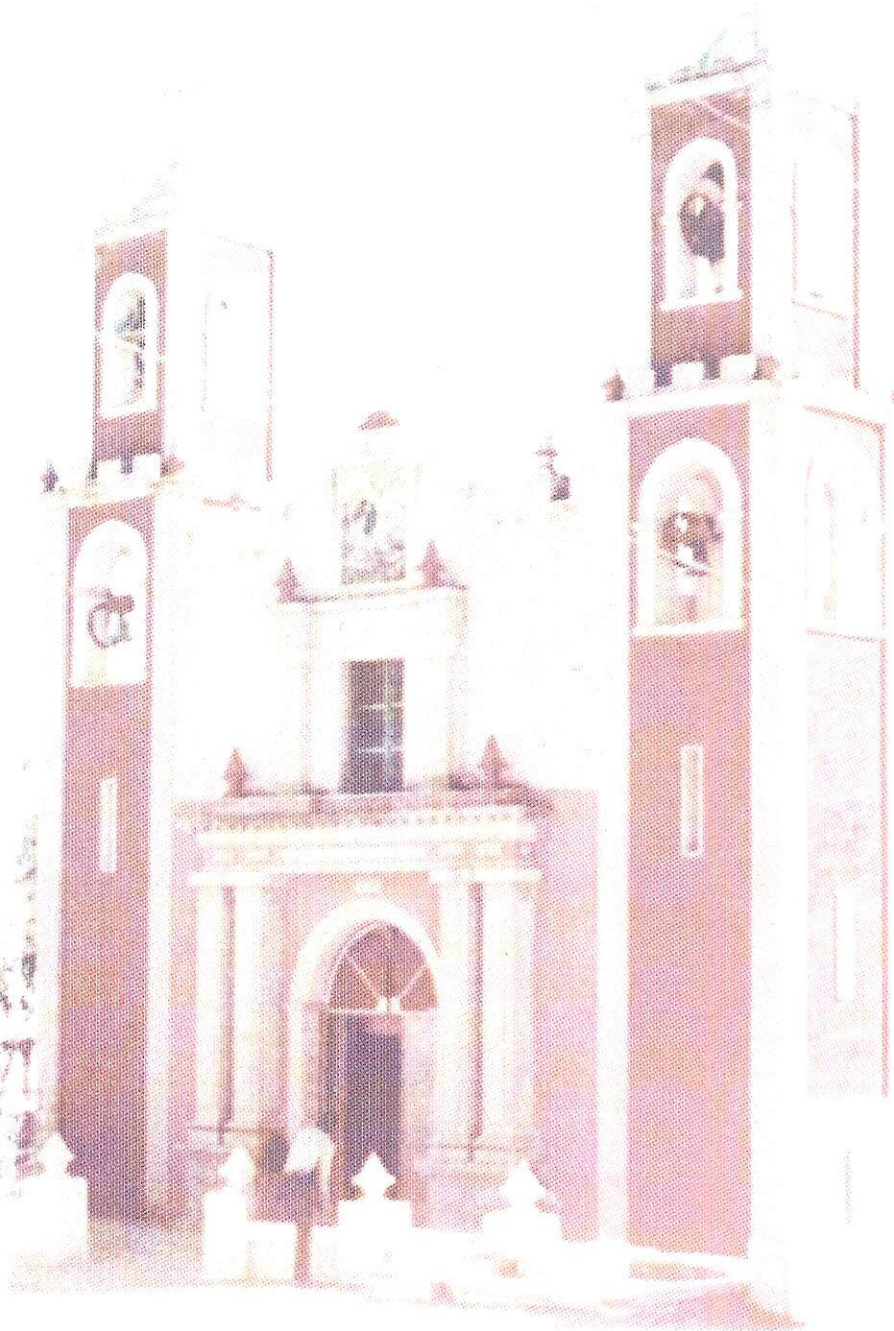
Fundación de la
**MISIÓN DE SANTIAGO AIÑINI,
SANTIAGO DE LAS PALMAS
o
SANTIAGO DE LOS CORAS**
y algunos hechos
relacionados con la misma,
desde 1721-1980



—•••••

César Osuna Peralta







**FUNDACIÓN
DE LA MISIÓN**

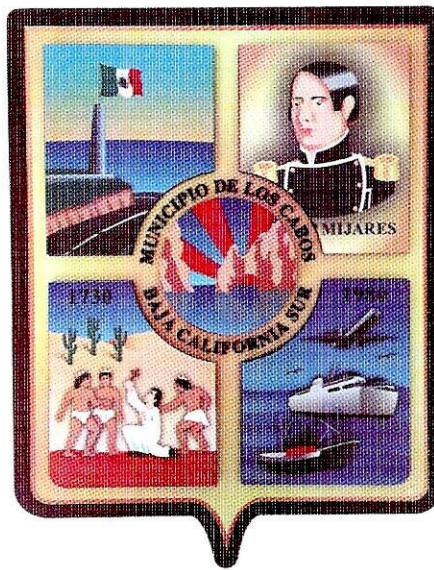
1721 - 2021

SANTIAGO DE LOS CORAS AIÑINÍ

Fundación de la
MISIÓN DE SANTIAGO AIÑINI,
SANTIAGO DE LAS PALMAS
O
SANTIAGO DE LOS CORAS
y algunos hechos
relacionados con la misma,
desde 1721-1980



H. XIII AYUNTAMIENTO DE LOS CABOS, B. C. S.

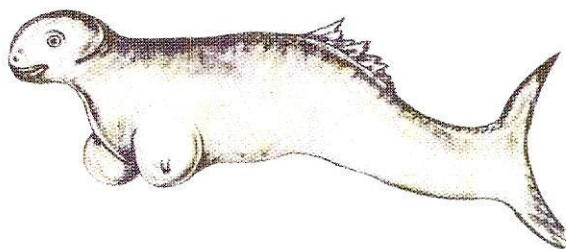


Fundación de la
**MISIÓN DE SANTIAGO AIÑINI,
SANTIAGO DE LAS PALMAS**
O
SANTIAGO DE LOS CORAS
y algunos hechos
relacionados con la misma,
desde **1721-1980**



Apuntes de César Osuna Peralta
Asesor del Cronista del Estado

La Paz, B. C. S.
Marzo de 1980



Fundación de la Misión de Santiago Aiñini, Santiago de las Palmas o Santiago de los Coras y algunos hechos relacionados con la misma, desde 1721-1980.

Primera edición: Marzo, 1980

Editor: Luis I. Rosas

Captura: Mary Hernández

Revisión: Arq. Juan Cota Castro

Impresión y encuadernación: Guillermo Cota

Segunda edición: Julio, 2006

Tercera edición: Agosto, 2021

Por: Honorable XIII Ayuntamiento de Los Cabos, B.C.S.

Fundación Cultural Mecenaz del Libro A.C.

Editor: Domingo Valentín Castro Burgoin

Diseño editorial: Tania Isaura Cornejo Ortega

D.R. © Sra. Rosa Flores

ISBN: En trámite.

Hecho e impreso en México / Made and printed in Mexico

PRESENTACIÓN

El Tricentenario de la Fundación de la Misión de Santiago Aiñini, Santiago de las Palmas o Santiago de Los Coras es un gran acontecimiento histórico que se cumple este 24 de agosto de 2021, y que el Honorable XIII Ayuntamiento de Los Cabos, que me honro en presidir, determinó por Acuerdo de Cabildo, aprobado el día 28 de mayo del año 2020, durante los trabajos de la Vigésimo Sexta Sesión Pública Ordinaria, constituir el Comité Organizador para esta importante conmemoración, integrando a distintas dependencias del gobierno municipal, para que de común acuerdo con asociaciones civiles y la Delegación Municipal de Santiago, programaran y coordinaran diversas actividades culturales, con el objetivo fundamental de dar realce a esta trascendental fecha inscrita en las efemérides de Baja California Sur.

Por ello, es muy grato presentar a la comunidad de la Delegación Municipal de Santiago, al Municipio de Los Cabos, y a toda nuestra entidad Sudcaliforniana, la reimpresión de este libro fundamental intitulado "Fundación de la Misión de Santiago Aiñini, Santiago de las Palmas o Santiago de Los Coras y algunos hechos relacionados con la misma desde 1721-1980", escrito por don César Osuna Peralta (enero de 1913 – mayo de 1982), quien vivió durante décadas en la población de Santiago, dejando una singular obra social, con la cual contribuyó notablemente al desarrollo de esta tierra a la que tanto amó, dedicándole con pasión un trabajo de investigación documental e histórica.

Esta obra, –cuya primera edición data del mes de mayo de 1980, fue impresa en la ciudad de La Paz, donde don César Osuna Peralta trabajó su vocación por la historia como asesor del cronista del Estado de Baja California Sur, don Alejandro D. Martínez, personaje

amante también de esta mítica tierra– tiene el propósito de reconocer el aporte cultural de su autor, y con ella, invitar a la niñez, la juventud y la población en general, primeramente de la Delegación Municipal de Santiago, y en segundo lugar, del Municipio de Los Cabos, a conocer nuestro pasado histórico, porque en él están los acontecimientos que definen el presente y nos orientan hacia el porvenir.

Entender y comprender el pasado de esta tierra mítica, para fortalecer la identidad cultural, que es fruto del trabajo de distintas generaciones en el tiempo, nos ayudará a tener mejores ciudadanos y a preservar las tradiciones culturales que nos identifican como un pueblo unido y solidario, que tiene en la superación por la educación y el trabajo, en un marco de convivencia armónica, su máspreciado baluarte para labrar su futuro.

Nos es muy satisfactorio poner nuevamente esta obra en sus manos, porque en ella están las bases históricas de este singular pueblo de Santiago, cabecera delegacional, que es, como todas, una comunidad cabeña de la cual nos sentimos muy orgullosos.

C. Jesús Armida Castro Guzmán,
Presidente Municipal del H. XIII Ayuntamiento de
Los Cabos, B. C. S.

Julio de 2021

EXORDIO

Es muy emotivo para la suscrita participar en esta obra relativa a la Fundación de la Misión de Santiago Aiñini, Santiago de las Palmas o Santiago de Los Coras, por lo que significa para el conocimiento de nuestro pasado. Me enorgullece ser de Santiago, como enorgullece a todos los que ahí han nacido; también a los que sin ser originarios de esta comunidad, llegaron por diversas razones fundando numerosas familias que residen en este que es un oasis maravilloso por su emblemática laguna y su singular palmar, y que apreciado desde la majestuosa Sierra de la Laguna, viste de verdor al municipio de Los Cabos.

La reimpresión de este interesante libro destaca los afanes de investigación histórica de don César Osuna Peralta, a quien conocimos de su admiración por esta tierra y de su interés por divulgar los sucesos más importantes en torno a la fundación de la Misión en honor al Apóstol Santiago, que a la postre, constituyen los antecedentes de la fundación de la comunidad de Santiago, y que a partir de 1721 se constituyó como la primera misión jesuita establecida en lo que a partir de abril de 1980 vendría a ser territorio del municipio de Los Cabos.

Don César Osuna Peralta, como persona autodidacta interesado por la historia peninsular, acudió a los principales cronistas jesuitas para rescatar fechas y sucesos en torno a la Misión de Santiago, desde las primeras incursiones de los misioneros, lo que es loable; asimismo, continuó su trabajo de investigación en documentos posteriores a aquella etapa fundadora, transitando a los siglos XVIII, XIX y XX, de los cuales da cuenta de importantes acontecimientos en torno al gobierno y la administración de esta porción del suelo sudpeninsular, por lo cual la lectura de este texto es singularmente obligada

para todos los que tenemos nuestras raíces familiares en Santiago y sus alrededores, y por supuesto para los amantes de la historia de Las Californias.

Vale señalar que el testimonio que ha quedado escrito por don César Osuna Peralta en sus funciones de Delegado de Gobierno, es aleccionador en cuanto a la necesidad de que los vestigios históricos y arqueológicos de nuestros pueblos, deben resguardarse y preservarse institucionalmente, porque con estos elementos se conforma la historia de nuestros pueblos y se fortalece la identidad cultural de los cabeños.

Finalmente, promover el conocimiento y la comprensión de nuestro pasado como Sudcalifornianos, afianzar la tradición y los valores culturales de los cabeños, a través de la educación y la cultura en las nuevas generaciones, de manera especial en la niñez y la juventud estudiosa, motivará la conformación de mejores ciudadanos para Los Cabos.

C. Rosa Delia Cota Montaño

Secretaria General Municipal del
H. XIII Ayuntamiento de Los Cabos, B. C. S.

Julio de 2021

NOTAS A LA TERCERA EDICIÓN

Con motivo de los preparativos para la conmemoración del Tri-centenario de la Fundación de la Misión de Santiago Aiñini, Santiago de las Palmas o Santiago de Los Coras, a través de actividades culturales e históricas que ayudan al conocimiento del pasado, destaca el trabajo de investigación de don César Osuna Peralta, que ahora el Honorable XIII Ayuntamiento de Los Cabos pone en las manos del lector interesado, en su tercera edición.

La edición de todo libro, sobre todo aquellos escritos y forjados con pasión, es todo un acontecimiento, que debe celebrarse. Sin duda, reimprimir este libro que vio la vida en 1980, posteriormente en 2006 y ahora en 2021, es no solo un reconocimiento a su autor y homenaje a su nombre, sino también una actividad que enorgullece a su familia, especialmente a sus hijos, quienes dieron su anuencia para llevar a cabo la reimpresión de este trabajo editorial.

Como partícipe del proceso de reedición, a fin de que el documento original no sufriera cambios y respetar íntegramente su autoría, he de señalar que solamente se hicieron modificaciones en aspectos gramaticales muy sencillos, se buscó mejorar la calidad de las ilustraciones que contiene el original y reubicar las menos para que se relacionen mejor con el texto al que se refieren.

A medida que pasa el tiempo, en el caso del desarrollo historiográfico en Las Californias, que pudiéramos señalar inició con las primeras noticias sobre esta porción del noroeste de la entonces Nueva España y se formalizó con el descubrimiento y la elaboración del auto de posesión de la Bahía de Santa Cruz, –dicho sea, posteriormente la ciudad de La Paz– del 3 de mayo de 1535, con la presencia misma del conquistador Hernán Cortés, y la posterior etapa de nuevos des-

cubrimientos geográficos, la actividad pionera del padre Francisco Eusebio Kino, así como el inicio de los trabajos de los misioneros jesuitas, encabezados por el padre Juan María de Salvatierra con la instauración de la Misión de Nuestra Señora de Loreto, la Misión de Santiago Añini, se constituye a partir de 1721, en la primera y más austral institución evangelizadora y transmisora de la cultura occidental, en el territorio que 250 años después de establecida la Misión de San José del Cabo (1730), vendría a ser el municipio de Los Cabos a partir de 1980.

De ahí la importancia y el espacio que trascendentalmente le corresponde a la Fundación de la Misión de Santiago, en los acontecimientos posteriores y hasta nuestros días, y que sin duda, seguirán marcando el presente y el porvenir de nuestra tierra cabeña.

Por ello, el trabajo pionero en ese sentido específico, relativo a la fundación misional, y por ende, del pueblo de Santiago, es loable y digno de reconocimiento para don César Osuna Peralta, a poco más de 39 años de su fallecimiento.

Es también ocasión para señalar que la lectura de este interesante trabajo, habrá de despertar más la atención y el desarrollo de nuevas vetas de investigación historiográfica sobre nuestro pasado del cual nos sentimos muy orgullosos.

Domingo Valentín Castro Burgoin

Director General del Sistema Institucional de
Archivos del H. XIII Ayuntamiento de Los Cabos, B. C. S.

PRÓLOGO A LA PRESENTE EDICIÓN

La verdadera historia de California se inicia con los misioneros jesuitas, fueron, sin duda, los primeros cronistas de aquella tierra incógnita, religiosos entregados a la diaria tarea de compilar todos aquellos datos considerados de utilidad, como eran las más remotas tradiciones primitivas, las costumbres de los neófitos, la interpretación de las pinturas rupestres y el estudio de las raíces informes, cartas y diarios en las que refieren todas sus observaciones y cotidianas actividades de su ministerio.

Son estas fuentes históricas de las que se sirvió César Osuna Peralta, quien minuciosamente investigó y escribió un informe de la fundación de la misión de Santiago, con el propósito de divulgar antecedentes fundamentales que permitan un amplio conocimiento alrededor de la historia de Santiago.

Con motivo de las fiestas del **279 Aniversario de la Fundación de la misión de Santiago** y del pueblo del mismo nombre, la **Asociación de Santiagueños Radicados en La Paz**¹ reedita el presente trabajo cuya primera edición se encuentra agotada. Estamos seguros que su lectura contribuirá a preservar la memoria histórica consolidando nuestra identidad y exigiendo unidad, capacidad y esfuerzo para afrontar el futuro que aspiramos como sociedad.

Agradecemos la generosa actitud de la Sra. Rosa Flores, esposa del autor por quien esta edición ha sido posible.

1 Este documento se preparó para publicarse en el año 2000, siendo hoy la *Asociación Regional Sureña* quien retoma la iniciativa. N:E.

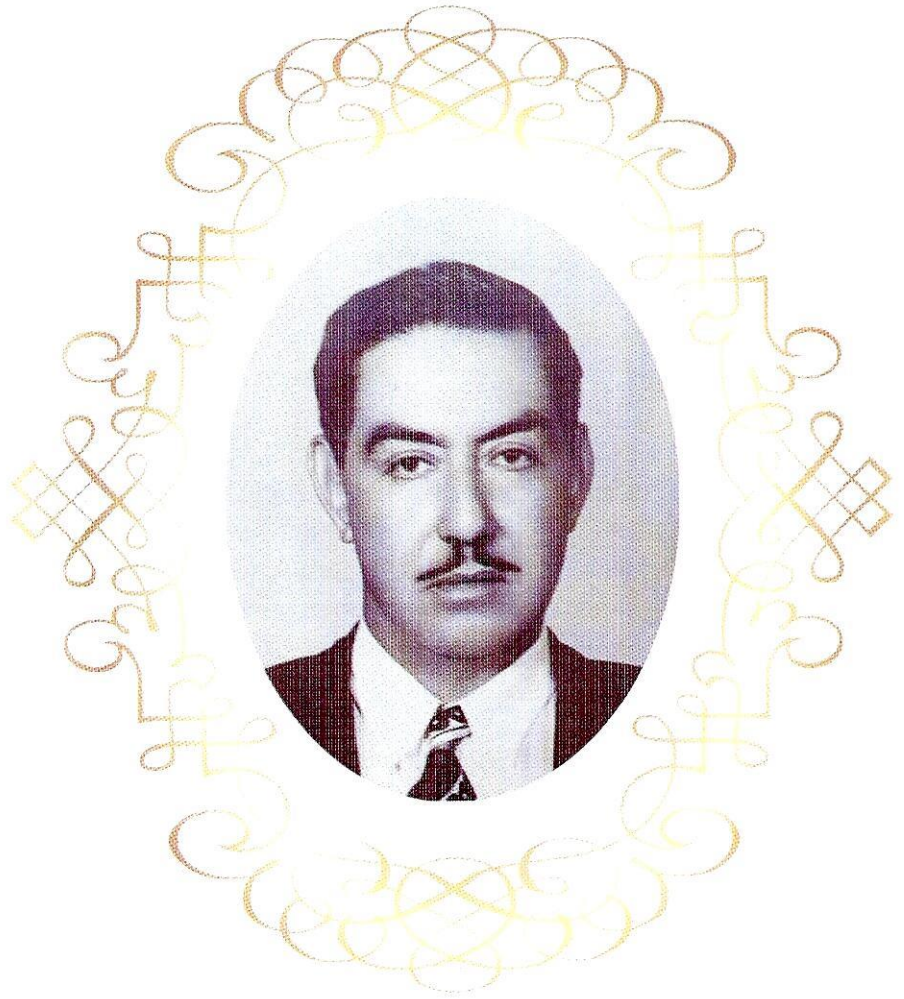
PRESENTACIÓN

Cuando el C. Gobernador de Baja California Sur, Lic. Ángel César Mendoza Arámburo, me distinguió con el nombramiento de Cronista del Estado, solicité su autorización para proponer un asesor para que en casos especiales me orientase en el conocimiento de las cosas recónditas en la vida y costumbres sudcalifornianas; un hombre de profunda raigambre, personal y familiar en la entidad y de ininterrumpida permanencia en la misma.

Resuelta favorablemente mi petición, fue designado para el cargo aludido, el Sr. César Osuna Peralta, a quien se debe ésta publicación, resultante de minuciosas investigaciones y de su propia experiencia en la zona donde se desarrollan los hechos relatados.

El texto de la narración es de molde netamente regional: llano, accesible y sincero, ajeno a rebuscamientos literarios, que conduce al lector a través de la existencia y usos imperantes en la legendaria y brava "nación" de los Coras, luego floreciente municipio de Santiago y hoy, minimizada delegación municipal.

El cronista del Estado
Alejandro D. Martínez



ANTECEDENTES CORAS

El audaz aventurero Don Francisco de Ortega (1633) dice:

"El más conocido de los grupos hablantes del Huichiti era el Cora que vive a lo largo de la costa del Golfo, desde el extremo sur de la Bahía de La Paz, hasta la Bahía de Las Palmas al sur en el extremo meridional de la Península, abarcando el área alrededor de Cabo San Lucas están los Pericús".

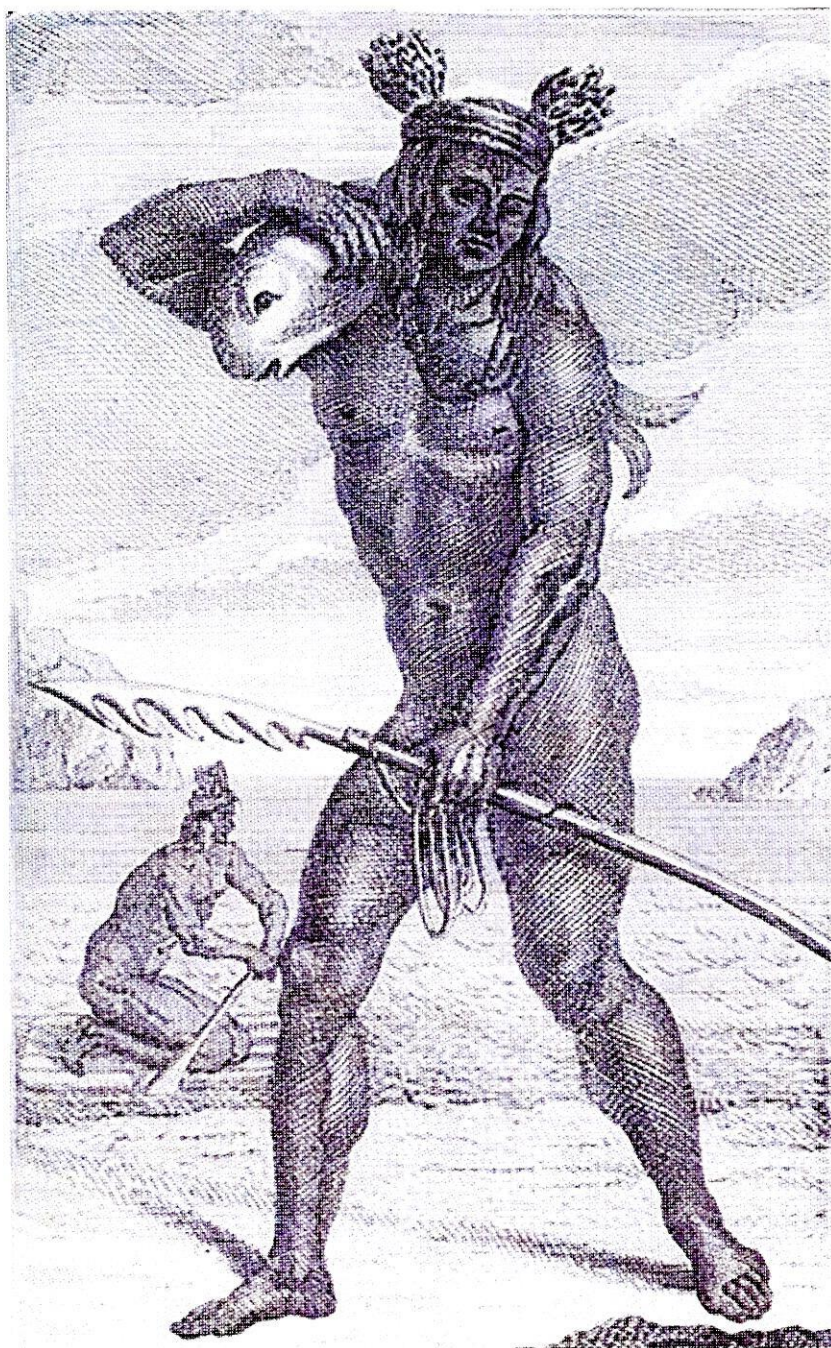
El padre Eusebio Francisco Kino (Junio 27 de 1683) en una carta dirigida al padre Francisco de Castro, manifiesta: *"... En este ínterin los Yndios Coras, que son enemigos de los Guaycuras, nos vinieron a ver".*

El notable historiador Francisco Xavier Alegre, en su **"Historia de la Compañía de Jesús"**, expresa: *"Eran los coras y los Pericús y generalmente las rancherías del sur de California, los más ladinos y capaces; pero también más viciosos e inquietos que las demás naciones de la península".*

Los Coras de la región de Santiago fueron los aborígenes californios que reclamaron tierras en propiedad y que se les permitiera disponer libremente de sus personas. Además, entre otras cosas, para los mozos el derecho de buscar consortes, por virtud a la necesaria conservación de la raza amenazada por extinguirse, dada la notoria mortandad infantil.

Estas reclamaciones fueron calificadas, en la época, como *"Pretensiones irracionales"*.

El Autor



Aborígenes coras pescando en Puurum (Cabo Pulmo).

PRÓLOGO

No quise iniciar este modesto trabajo, sin antes tratar de saber el porqué de la designación CORA, dada a "una de las 'nacioncillas' más nombradas de la región sur de la California", tal como describe a ese grupo peninsular uno de nuestros primeros historiadores y demarcación donde se desarrollan diversos hechos que voy a permitirme relatar.

Después de investigar lo referente, tanto en los textos de **Clavijero, Venegas, del Barco, Baegert, Kino** y otros, no me fue posible encontrar algún argumento determinante con relación al origen de dicha nominación aplicada a los aborígenes de tan extensa área, que al arribo de los jesuitas evangelizadores, así se le llamaba, –con perdón del Padre del Barco que se empeñó en negar la magnitud del pueblo Cora y su amplia superficie de dominio.

Ahora bien, según estudios científicos llevados a cabo por el notable antropólogo norteamericano doctor **William C. Massey** –a quien tuve la satisfacción de tratar– la jurisdicción Cora ocupaba toda la zona costera de las que hoy son Delegaciones Municipales de San Antonio y Santiago, con anchura limitada por la sierra de la Victoria, que corre paralela aparte de tales litorales y abarcando internamente la sierra de la Trinidad y Cerro Colorado, lugar este último llamado por los Coras *Cunimniici* y considerado como Recinto Sagrado del Dios Omnipotente **NIPARAYA**, su mujer **ANICOYNI** e hijos, entre ellos **QAAYAP**, quien "en pago de su bondad hacia los hombres, fue vilmente sacrificado por estos y coronado con una torquilla de espigas, y muerto".



Primer encuentro del Padre Nápoli con un jefe Cora.

Por ello, al no haber encontrado una explicación básica respecto al génesis de la palabra **CORA**, me estoy permitiendo aventurar mi personal hipótesis, o sea que ese vocablo fue traído por pescadores de perlas que ocasionalmente llegaban procedentes de Matanchel o Bahía Banderas (Nayarit), donde existía una tribu así denominada, y los cuales posiblemente descubrieron determinada semejanza entre los Coras nayaritas y nuestros nativos. O bien causa fue que en la localidad que nos ocupa, se usaba un utensilio al que alude el Padre del Barco cuando asienta: *"las mujeres usan en lugar de red para cargar sus hijos pequeños, una batea ovalada, honda que se llama cora, que es una cuna portátil, más cómoda para los niños que la red"*; o finalmente, alguna palabra pronunciada por los californios y mal entendida por los visitantes anteriores a los jesuitas, como sucedió en otros casos.

Por otra parte y también muy cuestionada, es la noción exacta sobre el asentamiento original de la Misión de Santiago, así como traslado antes de quedar en el punto donde hoy se encuentra.

Acerca de este particular, y considero simple conjetura, es que el sitio de fundación lo sea el actualmente denominado "Los Barriles", ubicado dentro de Ensenada de Palmas, cosa que suena a reclamo de fondo turístico, ya que los prácticos jesuitas edificaban las misiones donde hubiese un manantial de relativa abundancia. En Los Barriles no existen corrientes permanentes, ni poseen noticias de que las haya habido siquiera en función de un agujero. De lo contrario, enclavado en la misma Ensenada de Palmas, y a corta distancia del mencionado sitio Los Barriles, se localiza el manantial de Los Mártires e inmediato al mismo, está el rancho "La Capilla" nombres muy significativos y asociados a los acontecimientos que se referían. También se halla en ese lugar ("Los Mártires") el cementerio más viejo de que se tiene conocimiento.



FUNDACIÓN DE LA MISIÓN DE SANTIAGO

El establecimiento de cada misión californiana por los jesuitas, constituía una epopeya donde el misionero –más hombre de acción que místico– desempeñaba funciones de sembrador, maestro, pescador, marino, arquitecto, explorador, cartógrafo; en el concepto de que algunas de estas actividades llegaron a obtener dimensiones de sublime abnegación y grado heroico.

Bajo signos tan especiales, el 21 de julio de 1721, salió por mar del Presidio de Loreto, el Padre siciliano **Ignacio María Nápoli**, nativo de Palermo Italia, en compañía del Padre **Jaime Bravo** como guía, el Capitán **Esteban Rodríguez Lorenzo** y cuatro soldados, con el fin de fundar, en la “nación” de los Coras, una Misión dedicada a Santiago Apóstol y que fuera dotada por Don **José de la Fuente Peña y Castrejón**, Marqués de Villapiente, llegando sin novedad a La Paz del Pilar, el día 2 de agosto siguiente.

El 17 de este propio mes continuaron viaje por tierra hacia la Ensenada de Palmas, lugar donde sería creada la nueva Misión, de la cual localidad ya se tenía referencia por conducto del fraile carmelita **Antonio de La Ascensión**, desde 1602 y también del reconocimiento accidental de la misma efectuado por el Padre Jaime Bravo en septiembre de 1708, a consecuencia de que por un “mal tiempo” fue arrojada en esta rada, la embarcación donde navegaba dicho jesuita, quien aquilató la importancia de la zona y las posibilidades de establecer allí una misión, hecho que tendría lugar trece años después, osea en el referido 1721. También salieron de La Paz, en la misma fecha, unas canoas llevando vituallas e implementos para la pretendida fundación.

Mucho impresionó al Padre Nápoli la región por donde iba pasando después de abandonar La Paz, sobre todo porque esto acontecía en época de lluvias. Seguramente a estas circunstancias se debe el apasionado informe rendido el 20 de septiembre del propio 1721, al Provincial de La Compañía de Jesús en la Nueva España, Padre **Alejandro Romano**, del que me he permitido desglosar algunos párrafos, ya adecuados al castellano actual:

"No puedo hallar fórmulas bastantes para describir a vuestra reverencia la gran hermosura, que Dios ha puesto en esta tierra nuevamente descubierta. No encuentro tierra en la que yo haya estado, para compararla. Igual acontece al Padre Jaime y a toda la gente que ha quedado muy admirada y da muchas gracias al Señor que al remate de esta tierra haya puesto lo que tiene".

Y prosigue el detallado informe:

"... Llegamos finalmente después de los ocho días de camino rodeando por ellos a la deseada Ensenada de Palmas, que es muy grande, teniendo de punta a punta cerca de doce leguas; es muy amena, así por el espacioso mar, como por las muchas lagunas que tiene de agua muy buena y los muchísimos palmares, que parecen tantos bosques..."

Que distinto se expresa de nuestra tierra el jesuita alemán **Juan Jacobo Baegert**, cuando despectivamente dice: *"Todo lo concerniente a California es tan poca cosa, que no vale la pena alzar la pluma para escribir algo sobre ella..."*

La llegada a Ensenada de Palmas, el Padre Venegas la describe así:

"... Ocho días gastaron en llegar a la ensenada a que dieron vista el 24 de agosto; más no hallaron indio alguno por haberse retirado todos los que poblaban, como

también se retiraban las ranherías tropezadas en el camino. Tampoco hallaron en ellas las canoas y en cuatro días no se dejaron ver ni ellas ni los indios, acongojándose en extremo por uno y por otro el Padre Nápoli, que además se encontraba muy aquejado de dolores, habiéndole arrojado impetuosamente a tierra la bestia en que viajaba, quedando sin sentido por algún tiempo y aún muerto, al primer juicio de sus compañeros, que tuvieron a milagro verle con vida...

... habiéndose alejado estos, y de la tienda a reconocer la playa la última tarde, cuando repentinamente vio venir corriendo hacia sí una tropa de indios desnudos, y delante de todos uno más alto y corpulento que los demás, pintado a trechos todo el cuerpo de negro y encarnado, mal cubierto de una capa de cabellos, con pezuñas de venado en la cintura, abanico de plumas en una mano y el arco de flechas en la otra, dando horrosos gritos que seguían la vocería de los demás, con ademanes de espanto y amenazas. Creyó el padre Nápoli que era ya llegada su última hora y levantando el corazón con fervor a Dios le hizo sacrificio de su vida, que por él le perdonara sus culpas. Hecho esto y armado con la señal de la cruz, se adelantó con bríos a los indios disimulando su temor natural y susto, guardando las instrucciones dadas de no demostrar miedo jamás. Al principio, como nunca había visto un traje de los hechiceros californios, estremecido de la fealdad de aquel hombre, dudó de que si era el demonio, que en figura visible, conducía a los indios a darle muerte. Sin embargo, recobrado del primer espanto, afrontó con él como quien le despreciaba; después dio a todos por señas, quejas de que quisiesen hacerle mal y echando mano a cuanto llevaba consigo, empezó a repartirlo a todos

con la mayor demostración de amor, convidándolos a ir al Real, donde les daría más”.

Volviendo al informe del Padre Nápoli, en el que hace una amplia descripción de las vigorosas características físicas de los Coras (hoy santiagueños), así como algunas de sus costumbres, alimentación y vestuario, me permito insertar un nuevo párrafo, referente al sistema gubernamental femenino, que imperaba en esa zona, como curioso antecedente a las luchas modernas de igualdad de derechos para la mujer.

“... Se fue juntando de mano en mano cada día mayor número de gente nueva de dichos indios, a los cuales distribuía todo lo que había venido del mar. En este tiempo (es cosa, que nos dio gran risa) apareció una india vestida de cueros de venado, muy buenos y pintados de muchos colores, acompañada de otras varias indias, que le hacían cortejo de damiselas, ella venía con gritos impresionantes haciendo varias coplas, y con un imperio, y mando admirable, tal que luego le cedió el mando el indio hechicero, y él con todo el número de gente la obedecían como a una reina; y nos explicaron después, que esta señora era la gobernadora general o reina de todo el pueblo; y no es cosa nueva, porque lo mismo fue que oyó el padre Jaime cuando fue a dicha ensenada 13 años pasados, que otra mujer era la que mandaba. Fue especialmente regalada por nosotros como reina y ella también correspondió con otro regalo de pieles de venado y de león y otros mazos de collares, bateas y muchas frutas, de las cuales venían cargadas sus criadas. Mandó luego la dicha reina, que todas fueran por más comida, y luego vino cantidad de ella, que no teníamos donde ponerla...”

Lógicamente se puede considerar que el punto donde ocurrieron estos sucesos y se estableció por primera vez la Misión de Santiago de Los Coras, fue en lo que hoy se llama "Los Mártires", en Ensenada de Palmas, donde se encuentra, el único manantial de la región costera, o más de haber una superficie de tierra para cultivo. También coinciden las referencias históricas con la distancia que existe de la desembocadura del arroyo de Santiago a este sitio. Entre otras abrumadoras razones que hallé para señalar este lugar como lo vengo haciendo, es que allí se encuentra ubicado el cementerio más antiguo de la zona de la costa. Por otra parte, las crónicas también indican que "Los Mártires" fueron dejados como "visita" al efectuarse el cambio de dicha misión.



PRIMER CAMBIO DE LA MISIÓN

En 1723 esta misión fue cambiada tierra adentro, a fin de ponerla a salvo de posibles ataques de los belicosos isleños de Cerralvo, Espíritu Santo, etc., y en virtud de que se hallaría en un lugar con mayores ventajas, tanto en situación como en amplitud de tierras de cultivo y abundancia de agua, siendo su ubicación frente a un espeso palmar que aún existe entre el rancho "La Misión Vieja" y el predio "El Cantil".

A este respecto el Padre Venegas nos dice:

"Año de 1723 levantó en otro sitio algo más distante del mar, la iglesia, para mudar la cabecera, pero todo se malogró, por una fatalidad imposible de prevenir. Estaba ya cargado el nuevo edificio de madera, para techarle, y ausente el padre con un enfermo, cuando sobrevino un furioso huracán y aguacero, de los muchos que azotan aquella infeliz lengua de tierra. Acogieron a la iglesia los indios cercanos para guarecerse y la fuerza del huracán no solo derrumbó la mal sentada techumbre, sino también las paredes no bien secas y poco fuertes. Desplomado el edificio cogió debajo a los pobres indios, mató algunos, estropeó y llenó de horror a todos. Al ruido acudió el Padre Nápoli que socorrió a muchos oprimidos, por ser todos catecúmenos y atendió a los demás cuidadosamente. Levantándose luego una conjura entre los parientes de los muertos, de las muchas que cada día solían hacerse y deshacerse

con menores motivos, enojándose con el padre, como si él hubiese sido causante de las muertes de todos. Sosegose presto la inquietud, porque los vivos les hicieron saber que nadie los mandó entrar allí y que ellos por su voluntad se metieron, pero de cualquier manera se erigió la iglesia en un nuevo y mejor paraje".

SEGUNDO CAMBIO, EL LUGAR ACTUAL

En 1724, el joven misionero Nápoli, con el tesón que le caracterizaba, eligió un nuevo sitio para levantar la misión y este fue en un lugar cercano al anterior y en una de las lomas que rodean un hermoso valle en cuyo extremo se encontraban un tupido palmar y una gran laguna donde habitaban muchas aves acuáticas, así como tortugas y peces de agua dulce. Así mismo, se establecieron como "visitas" San José de Caduaño, San Jorge, Santa María del Surgidero, posteriormente llamada "Los Mártires" y el Surgidero.

En 1726 el Padre Nápoli fue cambiado a Sonora y vino a sustituirlo el jesuita Padre **Lorenzo Carranco**, mexicano, hijo de padres españoles y natural de Cholula, Puebla.

En 1730, el Padre Carranco tuvo como huésped, de paso para fundar la Misión de San José del Cabo Añuiti, al Padre **Nicolás Tamaral**, quien viajaba en compañía del Visitador, Padre **Echeverría**.

Durante su estancia en Santiago, el padre Tamaral estuvo aprendiendo la lengua pericú –muy similar a la cora– con un joven ayudante del Padre Carranco, por lo cual se le facilitó la predicación para fundar la nueva misión en el mencionado año, hace precisamente dos siglos y medio.

No fue fácil para el Padre Carranco llevar a cabo su labor evangelizadora como lo hubiese deseado, tomando en cuenta el temperamento inquieto de los nativos e insistentes intrigas de los "guamas" o hechiceros aborígenes, que no querían perder su autoridad sobre los miem-

bros de la tribu, aunado al resentimiento de algunos cabecillas que por desobedecer disposiciones habían sido castigados y estaban prestos a las represalias. Esta tensa situación vino a culminar con un desgraciado suceso, que el Padre Venegas nos relata de la siguiente manera:

“Llegaron a la cabecera de la misión viernes primero de octubre (1734), entre seis y siete horas de la mañana, tiempo en que el venerable Padre Lorenzo Carranco acababa de decir devotamente misa y se había retirado a dar las gracias y rezar el oficio divino a su aposento. Informáronse si estaban en el pueblo dos mestizos que escoltaban al padre y supieron, que poco antes, oída la misa, habían salido al monte a traer dos reses para el gasto ordinario de la misión, catecúmenos, niños, viejos, etc., quedando fuera de la pequeña casa los conjurados forasteros, medrosos aún contra el solo padre, mientras entraron en ella algunos de los mensajeros vecinos de la misión con pretexto de darle cuenta de su jornada. Levantóse del suelo el padre, a quien encontraron de rodillas, recibéndolos con gran cariño, extrañado que no viniera con ellos el Padre Tamaral, preguntó si traían carta: diéronsela, abrióla, y empezó a leerla atentamente. Pero cuando más embebecido estaba en su lectura, calentándose a lo que es de creer el fuego del amor divino y espíritu apostólico en que ella venía, entró de repente en la casa y cuarto el tropel de los conjurados, asieron de él y en brazos lo sacaron fuera entre la puerta de la casa y la iglesia, donde teniéndole dos asido de la ropa le cargaron los demás de flechas. Clamaba el venerable padre entretanto en fervorosas jaculatorias al cielo, ofreciendo a Dios por sus culpas y la de los indios, el sacrificio inocente de su vida, hasta que calló a tierra, invocando sin cesar los dulcísimos nombres de Jesús,

María y José. Entonces le procuraron acabar de matar a golpes de palos y piedras, encarnizándose aquellos cobardes bárbaros contra el moribundo padre, cuando ya vieron que no tenían que temer. Entre tanto uno de ellos volvió los ojos hacia la casa y vio al indio chicuelo que asistía en ella, llorando amargamente por lo que veía hacer con su amado padre, díjole: ¿porque lloras? janda ahora y cuéntale al padre lo que hacemos en las rancherías! Y otro más atrevido añadió: pues tanto lo quiere mejor que vaya a acompañarlo. Diciendo esto asieron al muchacho por los pies y matáronlo a golpes contra la pared de la casa, piedras y suelo; le arrojaron muerto al lugar donde aún estaban los demás golpeando el cuerpo frío del venerable mártir de Cristo”.

Después de consumado este acto, enardecidos los aborígenes, echaron a la hoguera alhajas y vestiduras sagradas, así como libros, santos, imágenes y todo lo concerniente al culto.

Al poco tiempo regresaban del campo los dos guardias del padre que fueron obligados a desollar las reses que traían, para dar de comer a la turba. Ya destazadas éstas, con una lluvia de flechas fueron muertos e incinerados también. Acto continuo acordaron los cabecillas trasladarse a San José del Cabo para dar muerte igualmente al padre Nicolás Tamaral.

También fue destruida la iglesia, por segunda vez después de su instalación en la costa, y ahora por insurrectos, a los que se sumaron los que ya estaban catequizados, azuzados por los cabecillas, **Cristóbal e Ignacio Garanangua** y el mismo gobernador nativo, cruzado de mulato llamado **Botón**, que junto con otros atizaban la reunión.

A raíz de estos acontecimientos, se encontraba en Santiago un

aborigen huichiti, fiel al padre Taraval, Misionero de Todos Los Santos, quien, al darse cuenta de todos los funestos sucesos, partió de inmediato rumbo a su tierra, internándose por el cañón de San Dionisio y atravesando la Sierra de La Laguna, para dar parte de lo que había presenciado y tener conocimiento de que los alzados se trasladarían a San José del Cabo, victimar al padre de allá y proseguir a Todos Santos con el mismo fin. De inmediato, el Padre Taraval salió rumbo a Los Dolores para ponerse a salvo y en carta dirigida de esta Misión al Padre Provincial, José Barba, de fecha 18 de octubre del mismo año de 1734, osea unos cuantos días después de éstos acontecimientos y que entre otras cosas le dice: *"La causa o motivo de su alzamiento no hallo haber sido otro que el odio a los divinos preceptos, y el amor a su bárbara libertad"*.

Después de casi dos años de encontrarse la región sin misionero y en estado de franca insurrección, en marzo de 1736 llegó a Santiago de Los Coras, el gobernador de Sinaloa Gral. Manuel Bernardo Huidobro, quien había sido comisionado para apaciguar la rebelión, cosa que no consiguió por las buenas, a pesar de sus esfuerzos. En esa época, en toda la zona ocupada por los revoltosos, se entonaba un canto guerrero en lengua Cora que traducido al castellano decía:

**"Iremos a Santiago,
Mataremos al comandante,
Mataremos a los soldados,
Nos comeremos el maíz,
Quemaremos iglesia y casa,
Tendremos mucha ropa,
Cabras, mulas y caballos,
Nos llevaremos al padre,
Si no se resiste, a las montañas,
Si se defiende, también lo mataremos"**.



Construcción de la Primera Misión en Los Mártires.

Hubo varias escaramuzas con los alzados y dos muy serios enfrentamientos, en que los insurrectos fueron derrotados y murieron en combate muchos de los principales cabecillas; otros fueron hechos prisioneros y el resto se rindió. A los caudillos aprehendidos los desterraron a la otra costa y cuando navegaban y todavía con vistas a las sierras de California, en la embarcación que los conducía hubo un motín a bordo, habiendo sido sofocado por la escolta y muriendo la mayor parte de los amotinados, llevando el resto al destierro.

Ya para 1737, la rebelión se encontraba extinguida.

Acompañando al Gobernador Huidobro, había llegado también a Santiago de Los Coras el Padre Nápoli, quien nuevamente se hallaba en la Misión que él había fundado y esta vez con la intención de intervenir en la pacificación de los nativos insurrectos, los cuales se negaban a cualquier transacción pacífica.

En agosto del propio año, 1736, dirigió el mismo Nápoli, una

búsqueda de los restos de los padres Carranco y Tamaral, sacrificados en el propio Santiago y en el vecino San José del Cabo respectivamente. Sobre este particular, dice el citado padre Nápoli que en Santiago encontró un pequeño libro y un zapato que pertenecieron al padre Carranco, y agrega con admiración, que teniendo él (Nápoli) una grande y sangrante herida en el hombro, aplicó a ella aquel zapato y la herida curó de inmediato, también se rescató del fondo de la laguna allí existente, una de las dos campanas pertenecientes a la Misión, ya que la otra fue completamente destrozada por los alzados. Se trasladó después a San José del Cabo y prosiguió la búsqueda de vestigios del Padre Tamaral, habiendo encontrado unos fragmentos óseos calcinados, que consideró ser pertenecientes al victimado. Condujo aquello a Santiago donde celebró una *Misa de Réquiem* por las almas de los dos mártires. Por tradición se sabe que aquellos restos fueron llevados al lugar denominado hoy "LOS MÁRTIRES" y sepultados allí sigilosamente, para evitar una sacrílega profanación, y después de esa fecha se designa a ese lugar con el citado nombre.

En septiembre del mismo año, 1736, por motivo de salud fue removido el padre Nápoli a Sonora, donde desempeñó su ministerio hasta su muerte ocurrida en Tecoripa del propio Estado, en el año de 1745.

El 4 de octubre del año de 1737, fue comisionado a la Misión de Santiago de Los Coras, el padre **Antonio Tempis**, natural de Olmutz, Moravia, y nacido en 1703. De inmediato este abnegado jesuita, a la par que reiniciaba la evangelización de los aborígenes, procedía a la reconstrucción de la misión destruida por los alzados. A éste propósito el Padre Venegas dice:

"... En ésta última entró el padre Antonio Tempis, quien la recogió, fundó de nuevo y formalizó sin cesar hasta su muerte, preciosa sin duda ante los ojos del Señor; porque fue un jesuita de tan sólida y alta virtud, como



Muerte del Padre Carranco.

se lee con edificación en el breve elogio que imprimió de su histórica vida el padre Fernando Conzag, y que se comunicara al público, con los otros varones verdaderamente apostólicos, empleados en California".

Referente a la insurrección, muerte del padre Carranco y a la destrucción de la Misión, estos sucesos llegaron al conocimiento del Rey de España, quien había demostrado un especial aprecio por la Misión dedicada al patrono de los españoles, Santo Santiago, y el historiador dice:

"... Las noticias que de ella y de su infeliz estado llegaron, como hemos dicho, a los Católicos oídos del Rey Don Felipe V, bastaron a su real corazón no solo para que mandase prontamente a erigir el nuevo presidio, sino también para ordenar el 2 de abril de 1742, según consta en Cédula Real, que se abonase a su Real Hacienda, los gastos hechos por motivo de la rebelión..."

El mencionado Padre Tempis desarrolló en la región una labor de verdadero santo y así se le consideraba virtud a ciertos hechos sobrenaturales que se le atribuían, desempeñando su ministerio hasta aun "*in articulo mortis*". Esto llegó a conocimiento del Provincial de La Compañía de Jesús y así lo dio a conocer a sus cofrades. Este honorable varón falleció en la misión de Los Coras, el 6 de julio de 1746, a la edad de cuarenta y tres años y fue sepultado a los pies del altar, sin lápida alguna por haberlo pedido así.

Como ayudante del Padre Tempis y hombre de sus confianzas por ser muy apto en diversos trabajos, se hallaba un filipino de apellido Carrera, que siguió prestando sus servicios al padre que sustituyó a Tempis; a este respecto el Padre Miguel del Barco nos dice:

"El año de 1747, sucedió que habiendo pasado uno de los barcos de Matanchel a Loreto, dejando de paso en el Surgidero de Santiago los fardos de Ropa y otras cosas pertenecientes a la escuadra, que en aquel tiempo aún existía en San José del Cabo, dio orden el misionero de Santiago a Carrera, que llevase en la canoa de la Misión otros fardos, a los demás, a San José. Obedeció el arraz, y llevando a los ocho o diez indios remeros que solían acompañarse en la canoa, la cargó y empezó a navegar. Estando hacia la medianía del corto viaje, dos indios de los principales que iban en la canoa, sin haber precedido disgusto ni otra causa, que se sepa, se levantaron contra Carrera, y con un cuchillo a manera de puñal lo mataron. Causó gran lástima esta desgraciada muerte a todos los que sabían en buen porte en todo del difunto, y lo bienquisito que estaba, aún por los indios que mostraban estimarle mucho. Y especialmente se extrañó que uno de los matadores fuese un compadre suyo, de quien hacía especial confianza: nueva prueba (sobre la que antes había dado, de la doblez y reserva engañosa de aquellas gentes). Ejecutada esta



Destrucción de objetos de culto.

muerte arrimaron a tierra la canoa, sacaron los fardos, los abrieron, tomaron la ropa que quisieron, y lo demás lo dejaron en aquel lugar y huyeron al monte... Y habiendo hallado a los dos más culpados en el caso, el Teniente General que por ausencia del Capitán y Comandante, lo era Don Pedro de la Riva, les hizo el proceso y los condenó a muerte, la cual se ejecutó en Santiago, después del tiempo acostumbrado que se les dio para disponerse a morir como cristianos”.

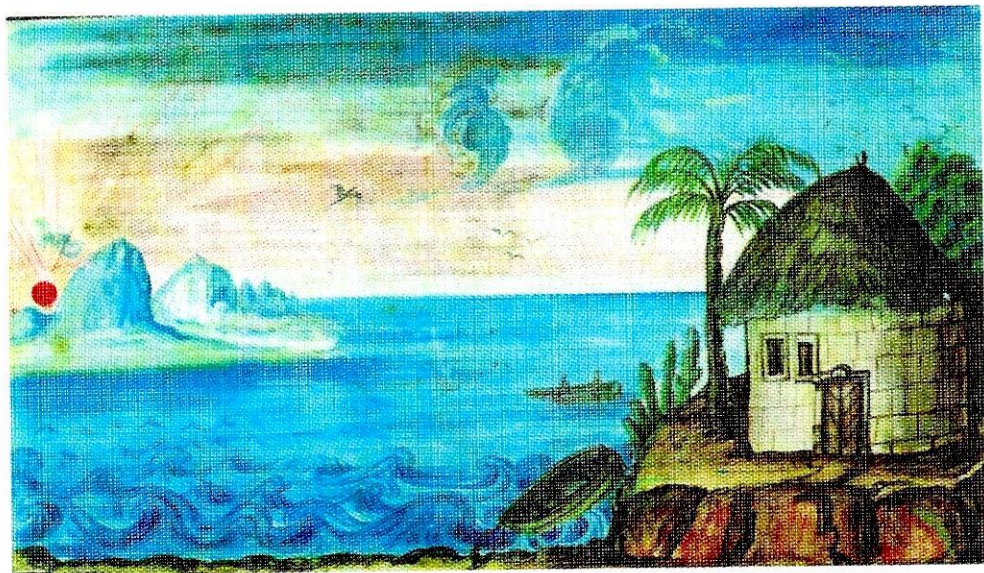
Por aquella época, 1747, la Misión de Santiago de Los Coras producía abundancia de alimentos como granos y carne, así como en el campo se encontraban semillas y frutos silvestres y caza variada. Por tal motivo y virtud a la escasez que reinaba en otras misiones, además de las epidemias que azotaban a los nativos, ésta fue refugio de una gran considerable cantidad de aborígenes, traídos aquí desde los diferentes puntos de la California, como lo fueron San Luis Gonzaga, Dolores del Sur, Todos Santos, San José del Cabo y otras.

Allá por 1751, la Misión de San José del Cabo se había suprimido, quedando solo como "visita" y los pocos nativos catequizados que había en ella fueron reconcentrados a Santiago, a este respecto el Padre Miguel del Barco, dice:

"... Por este tiempo llegó a la California la noticia de haberse perdido la dotación (Fondo Piadoso de la California), que por tantos años se creyó asegurada, de la Nueva Misión que se trataba de fundar en el Norte, con el nombre de Nuestra Señora de los Dolores y de las dificultades que siempre habían estorbado para su establecimiento, se añadía ahora la falta de dotación. Más habiéndose poco después suprimido la Misión de San José del Cabo, y agregándose el corto pueblo que solo de ella había quedado, a la Misión de Santiago, como de "visita" de ella, quedó aquella dotación desembarazada para poderse aplicar a la nueva Misión del norte. La cual traslación era puntualmente conforme a la mente de su fundador el Marqués de Villapiente, Don José de la Fuente y Peña, quien en la escritura de su fundación, como si adivinara lo que había de suceder, y actualmente sucedía, dejó advertido que en caso de que en algún tiempo, no fuese necesaria esta dotación a la Misión de San José del Cabo, entre los pericúes del sur, se trasladase al norte para fundar allí otra Misión, con el nombre de Santa Gertrudis Magna".

También el padre Barco nos relata:

"... Sería bien referirnos a la desgracia de un barco (al servicio de las Misiones), que se estrelló contra las rocas del paraje llamado Puurum (opino sea Cabo Pulmo), que se comunica a una inmediata sierra en las medianías del Surgidero de Santiago y San José del Cabo... Estan-



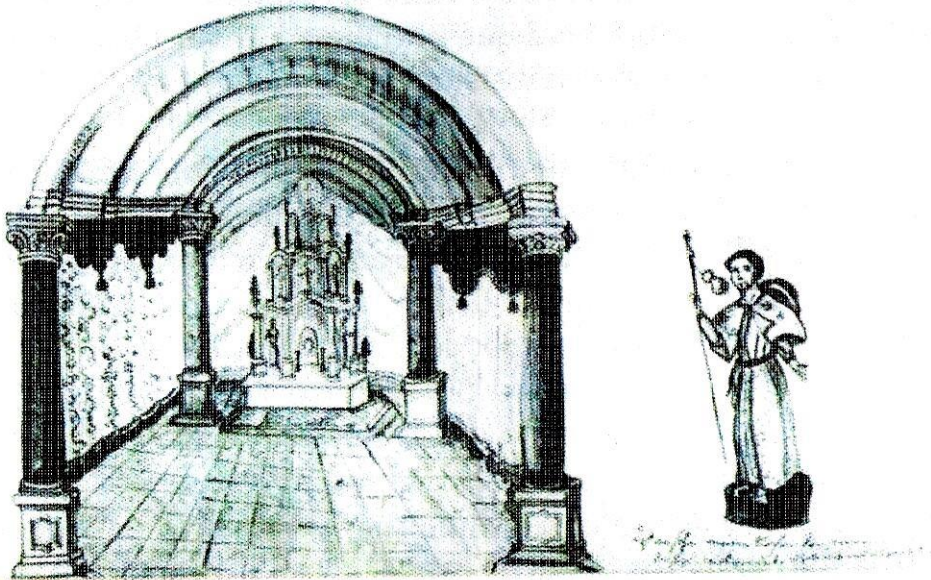
Puerto de El Surgidero o estancadero de la Misión de Santiago.

*do ya en la costa del sur, una fuerte tempestad hizo chocar este bergantín con los peñascos de "Puurum" donde se hizo pedazos en octubre de 1759. La gente teniendo la playa inmediata, logró salvarse toda. Avisado el padre misionero de Santiago, **Francisco Escalante**, de esta desgracia y en desamparo y necesidad en que estaba la tripulación, dio pronta providencia, para que les llevasen de comer y cabalgaduras para que viniesen a la misión que dista de aquel paraje, de nueve a diez leguas. A todos los mantuvo el padre en su casa dos meses, hasta que habiendo llegado a San José del Cabo el Galeón de Filipinas, se embarcaron para volver a Acapulco".*

Se venía presentando en la Misión de Santiago de Los Coras, el grave problema de mortandad infantil, originado principalmente por la serie de males traídos a California, por pescadores, soldados y

toda laya de aventureros que se empeñaban en venir a estas tierras, portando consigo los virus, microbios y demás contagios de los centros ya en proceso de desarrollo; esta mortandad era acentuada en los recién nacidos pertenecientes al sexo femenino, tal vez por ser de constitución más débil, resultando a la postre que llegaban a la edad adulta, un porcentaje mayor de varones que de mujeres. Fenómeno que ocasionaba que gran parte de la población la constituyeran mozos jóvenes y sin esperanzas de casarse. En vista de lo anterior, el padre misionero, tomó cartas en este asunto de índole social e hizo trámites para que de la provincia de Sinaloa se diera la posibilidad de mandar mujeres para los Coras, de ser posible de las capturadas en la guerra que existía contra los Seris, enviando estas mujeres en son de destierro, cosa que nunca se llevó a cabo. Esto sucedía allá por el año de 1760. También tenían los Coras pretensiones de conocer nuevas tierras y gozar de cierta libertad que les permitiera trasladarse a los lugares que desearan; esto en cuanto a los solteros, y en lo que respecta a los casados, pretendían que se les diera tierras en propiedad que pudieran cultivar libremente, cosa que reclamaban con insistencia.

Vieron los Coras que sus pretensiones eran desatendidas, determinaron poner sus demandas ante los superiores del misionero, ya fuese en Guadalajara o en la Ciudad de México. Para atravesar el mar y llevar sus quejas a las ciudades citadas, un grupo de los más decididos fue al "Surgidero", distante unos 30 kilómetros de Santiago y lugar donde se guardaba la canoa que estaba al servicio de la Misión, utilizada para transportar víveres y otros materiales desde Loreto; rompieron las cerraduras donde tenían los percheros de dicha canoa, haciéndose a la mar. La tripulación estaba compuesta por mozos solteros que querían conocer otros lugares y ambicionaban casarse en la otra costa. Fue tan secreta la huida que ni el padre de Santiago ni el gobernador Cora de nombre **Xavier**, se dieron cuenta. Estos hechos acontecían allá por el año de 1761. Fueron a parar los huidos a la costa de Sinaloa cerca de Ahome donde abandonaron la canoa, grande



Interior de la Misión de Santiago y escultura de este en 1768.

ésta, sin duda de los llamados "bongos". Al darse cuenta el misionero de Ahome, padre Escobar, que algunos californios habían llegado huidos, los convenció para que regresasen a tierra y devolvió la canoa a California. Volvieron los fugados a Santiago hasta 1762.

Cuando el padre Visitador General Lyzasoain, verificaba su visita a Santiago, los Coras le presentaron quejas contra el misionero, sin que el visitador les hiciera mayor caso.

Volvieron los Coras a meditar nueva fuga en la misma canoa que lo habían hecho antes y que ya se encontraba en "El Surgidero", solo que el padre tomando precauciones, había hecho llevar a Santiago las velas y demás implementos, guardándolos con llave. Bajo mucho sigilo, rompieron la cerradura, sacaron todo y lo llevaron donde estaba la canoa y nuevamente la botaron al mar. Esta vez la tripulación la componían hombres casados y más experimentados. En esta segun-

da huida fueron a parar cerca de Culiacán, algunos de ellos se separaron y tomaron distintos rumbos, otros llegaron a Tepic. Parece que arrepentidos deseaban volverse a su tierra. Sólo dos o tres llegaron a Guadalajara. Y como en esos tiempos ya se notaba cierta indisposición contra los jesuitas, no faltó quien los apadrinara y pudieran llegar con sus quejas hasta los Oidores de la Real Audiencia, y de seguro proseguir sus reclamaciones hasta la Corte de Madrid. Los quejosos regresaron y se unieron a sus paisanos en Tepic, entre tanto muchos de los dispersos murieron y pocos fueron obligados a regresar a su tierra después de dos años de fuga, donde siempre estuvieron manifestando su inconformidad. La canoa robada jamás fue recuperada, la cual hizo gran falta a la Misión ya que se veía obligado el misionero a enviar arrieros con mulas hasta Loreto, para traer de allá lo que necesitaba; viaje larguísimo por tierra.

En 1762 y estando a cargo de la Misión de Santiago de Los Coras el padre **Ignacio Tirsch**, alemán, nacido en 1733, e hijo de Don **Francisco Tirsch** y de Doña **Isabel Otechin**, azotó la península terrible plaga de langosta (chapulines), y al comenzar esto el padre Baegert, dice:

"... Cuantas fanegas de trigo y maiz se hubieran levantado más, sino existiera esta plaga de langosta. El Padre Ignacio Tirsch, de Commotoam en bohemía, quien ha compuesto bonitos versos sobre este tema, podría escribir todo un libro sobre los destrozos y daños que causaron en su misión de Santiago de Los Coras... Así como los sobresaltos y alarmas que casi todos los años le produjeron".

Según datos, el padre Tirsch, además de poeta, era también un hábil dibujante e investigador de historia natural, debiéndose a él varios dibujos correspondientes a la flora y fauna terrestre y marina de

Baja California, apareciendo en uno de sus dibujos el raro *pez mulier* o "pez mujer" con algunas características similares a una mujer desnuda, sin duda este pez fue encontrado en las costas de "Ensenada de Palmas", donde se han hallado ejemplares de otros peces, rarísimos en el mundo.

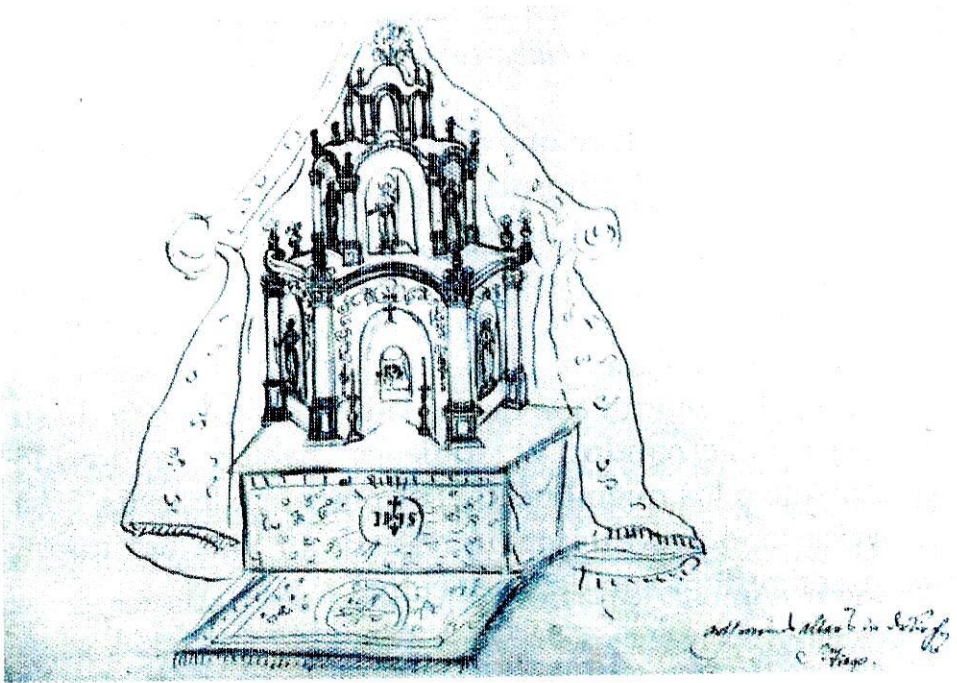
Otra de las cosas que quiero hacer notar, es que a pesar de la estricta prohibición impuesta a los Jesuitas, cuando la expulsión, para que no transportaran absolutamente nada consigo, a excepción del breviario, este fraile (Tirsch), tal vez oculto en el hábito, llevó consigo un cuaderno con muchos de los dibujos que hoy aparecen en los más importantes tratados de historia y de los cuales incluyo algunos.

En noviembre de 1767, llega a San José del Cabo, el Capitán Gaspar de Portolá, nombrado nuevo Gobernador de California, arribo que se vio obligado a hacer allí por un mal tiempo, ya que traía órdenes expresas de atracar en Loreto y bajo absoluto sigilo proceder al destierro de los Jesuitas de este territorio, tomándolos por sorpresa y sustituyéndolos por los frailes Franciscanos que lo acompañaban. A este respecto el padre del Barco nos dice:

"El Padre misionero que estaba en Santiago, tuvo aviso de la llegada de los Huéspedes y luego se puso en camino a san José del Cabo a fin de recibirlos y obsequiarlos, dando providencia para su subsistencia y regalo. Hallábase en el mismo tiempo en el sur por casualidad, el Capitán de las Californias, Don Fernando de la Riva y Moncada y llamado del Capitán Portolá llegó a San José del Cabo, con quien tuvo el Gobernador largas y secretas conferencias, y aunque a punto fijo no se supo lo que trataron más por las circunstancias y los efectos, se conoció bien pronto lo que fue... Como esto nada sabían los Padres de cuanto a sobre esto pasaba, hasta

la llegada del Gobernador Comisionado, este después de haber hablado con el misionero de Santiago, Padre Ignacio Tirsch, y mucho más con el Capitán Rivera, (que conocía a los padres a fondo, sus dictámenes y finalidad), quedó eternamente persuadido de que por parte de los padres no había que temer ni la menor cosa y que obedecerían los mandatos del Rey con la mayor puntualidad, sin ser necesaria tropa para esto, si no que hubiera bastado una carta del señor Virrey... El padre Tirsch, informado de la comisión del Gobernador, se volvió a Santiago para dar providencia de juntar bestias, para todos que eran treinta y de carga para los bagajes, y despacharlas a San José del Cabo, para que se transportaran a Santiago. La mayor dificultad del padre fue la de encontrar sillas de cabalgatas para tantos, porque casi todos los recién llegados estaban sin ella, por haberlos metido en la balandra que aún no aparecía. En fin, haciendo las diligencias y esfuerzos posibles, se dispuso todo lo mejor que se pudo, y mandó todo el avío a San José con lo cual pasó el Gobernador con su comitiva a Santiago. Aquí se acabaron de aviar para el largo viaje a Loreto, para donde salieron unos en silla y otros en suplementos de ella. El padre Tirsch se quedó en Santiago sin hacer novedad, prosiguiendo en la ocupación de misionero hasta que le dieron aviso para pasar a Loreto a embarcarse".

Por lo incierto se deduce que este Jesuita fue el primero que tuvo noticias en la California, de la expulsión de él y sus cofrades, ordenada por Carlos III y motivada por intrigas y política subterránea provenientes de elementos contrarios a la Orden; confianza que le hizo Portolá, reconociendo la integridad del misionero. La actitud del referido soberano fue totalmente opuesta a la de su padre Felipe V y



Altar de la misión de Santiago en 1768.

la de su hermanastro Fernando VI, quienes habían favorecido abiertamente a los miembros de la Compañía de Jesús, cosa que le ocasionó que durante el resto de su vida llevara un amargo remordimiento de "mea culpa".

Este suceso lo registra la historia como el más penoso acontecimiento en aquella época (1768), en que por órdenes del referido Rey de España, Carlos III, se verificaba el destierro de los Jesuitas de todas sus provincias incluyendo desde luego, la California, a la que estos frailes tanto amaron, no importándoles mayores sacrificios en el desempeño de su noble misión, inclusive dar su vida en la búsqueda del bienestar de los nativos, poniendo así a prueba su templanza y capacidad, reconocida hasta nuestros días, y dejando aquí una honda huella, difícil de borrar y menos de igualar, con un cariño hacia los

aborígenes, que lo demostró hasta aquel Jesuita alemán, Juan Jacobo Baegert, que en ocasiones los juzgó hasta irracionales; pero quien al abandonar esta tierra dice; *"Se suscitó entre los Californios un lamentar y llorar tan sincero, que no solo quedé conmovido hasta las lágrimas en aquel instante sino todo el camino hasta Loreto, y también ahora, que escribo esto lo hago con los ojos bañados en lágrimas"*.

Y continúa el Padre Baeger:

"El día tres de febrero (1768), todos estábamos reunidos frente a la hermosa imagen de la Virgen de Loreto, vestida de negro y de luto como si fuera vienes de Dolores. El padre Diez, un mexicano, que pocas horas antes no había pensado todavía en prepararse, pronunció un sermón muy relacionado con las circunstancias del momento, y aquel mismo día a las nueve de la noche, después del último abrazo amistoso a Don Gaspar de Portolá, nos embarcamos conforme a la Real Orden e invocando la ayuda de Dios. A pesar de que la salida debió haberse llevado a cabo sigilosamente, todos los habitantes de Loreto, de ambos sexos, estuvieron reunidos en la playa para darnos la despedida, llorando todos, californios y españoles..."

La Misión de Santiago de Los Coras no escapó a las funestas consecuencias de este lamentable suceso, que aunado a otros negativos hechos, vinieron a agravar la situación de la población aborígen, como el caso que refiere el padre Baegert, sobre los misioneros que vinieron a sustituirlos y que dice:

"Estos nuevos misioneros deben de haber encontrado ya bajo tierra y podridos aquellos enfermos, a los que administramos los Santos Óleos antes de nuestra sali-

da, pero que necesitaban mucho de la atención y visita diaria de su cura. Estos catorce misioneros nuevos, no aguantaron mucho tiempo en California; de modo que los pobres californios tuvieron tres diferentes curas en tres o seis meses, y de diferentes órdenes”.

Por este tiempo se iniciaba, paulatina pero inexorablemente, la decadencia de aquella raza que desaparecía de la tierra, de aquella tierra que por espacio inmemorable había sido suya y que ya no lo era. Hasta culminar con su total extinción, consumada a principios del pasado siglo XIX. De este fenómeno, en nada puede inculparse a los Jesuitas, que solo trataron de buscar el bien de los californios, sino a otros factores que al caso ocurrieron y que fueron imposible de vencer por los nativos, muy a pesar de la desesperada lucha por su conservación.

Hubo un período crítico para la Misión de Santiago de Los Coras, en que estuvo abandonada, sin sacerdote y bajo la jurisdicción de otras misiones, esto ocurría allá por 1795.

Por estas fechas, el gobierno español otorgó para su usufructo, los terrenos y bienes que pertenecían a la misión, al señor **Salvador Castro**, nativo de Loreto e hijo del militar **María Joseph de Castro**, quien llegara a las órdenes del Capitán **Gaspar de Portolá** en tiempos de la expulsión jesuita, donación que se le hizo en mérito a los servicios prestados por su padre a la Corona. Este señor, **Salvador Castro**, fue padre de **José María Castro** y éste último a su vez lo fue del héroe **Mauricio Castro**.

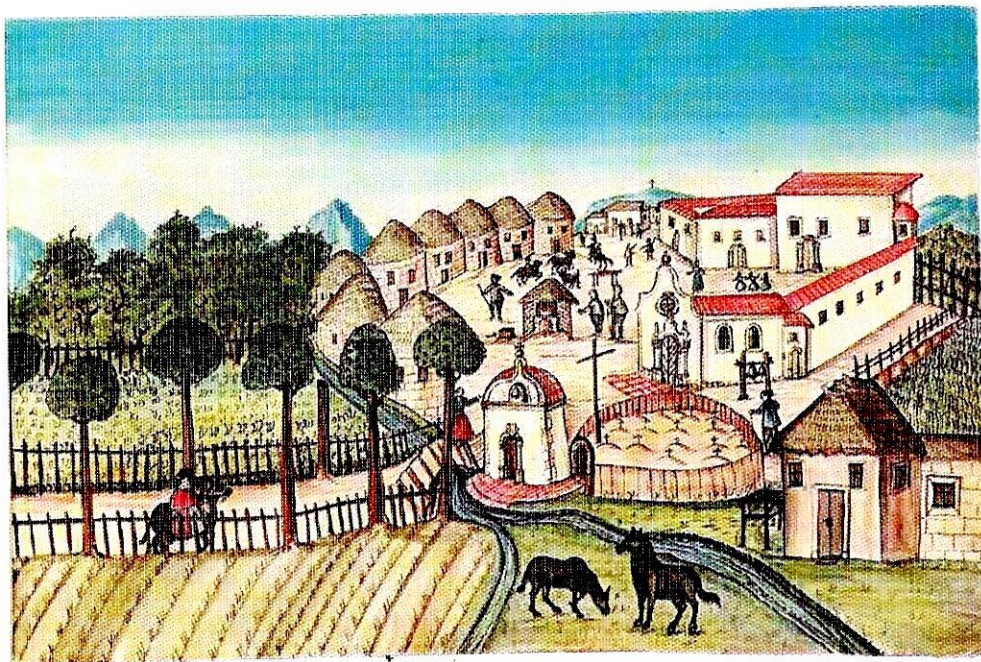
Se halla en Santiago, cercana a la iglesia parroquial, la casi dos veces centenaria casona de los **Castro**, que en las últimas décadas albergó las oficinas públicas locales. Hoy, a pesar de su valor histórico, se encuentra en ruinas.

En septiembre del año 1870, virtud a un fuerte ciclón que azotó la región, cayó el techo de la vieja Misión, el cual estaba construido de gruesas y rollizas vigas de palma colorada y tabletas de la misma madera, colocadas transversalmente de viga a viga y encima una gruesa capa protectora de mezcla de cal con arena. Los vecinos, por cooperación, repararon los gruesos muros de adobe y colocaron un techo de tejamanil.

El 14 de enero de 1887 falleció en esta Misión el padre **Guadalupe Díaz**, a la edad de 30 años, y quien era párroco de la Misión de San José del Cabo, encontrándose en Santiago —que carecía de sacerdote residente— en cumplimiento de su ministerio. Fue sepultado dentro de la iglesia y cerca del sitio donde muchos años atrás lo había sido el padre Tempis.

En 1913 y 1914, según testigos que aún viven, partícipes de los hechos, la iglesia fue ocupada por fuerzas huertistas, sirviendo de cuartel y parapeto, en las encarnizadas escaramuzas que en este lugar y sus alrededores se libraron con las partidas revolucionarias, habiéndose cometido el crimen por parte de las citadas huestes del usurpador, de incendiar el pueblo, así como los archivos eclesiástico y civil con la historia de Santiago; esta barbaridad fue hecha en represalia a la actitud unánime de los santiagueños, que simpatizaban y ayudaban abiertamente a la causa revolucionaria.

En 1918 y con motivo de uno de los más fuertes ciclones de que se tiene razón y que azotó con furia la península, voló el techo de la iglesia y se derrumbó parte de las paredes de la misma, dejando el resto en muy mal estado, por lo que los vecinos del pueblo, en esa época, optaron por arrasar aquellos vetustos muros de adobe e iniciaron una nueva obra de dimensiones más reducidas que la anterior y construida de ladrillo con techo de tejamanil. Esta construcción fue terminada allá por los años de 1924–1925.



Pueblo de Santiago con su Misión (1768)
Ilustración elaborada por Ignacio Tirsch.

En 1942 la iglesia presentaba un aspecto deplorable, por falta de mantenimiento o conservación. Siendo gobernador del entonces Territorio el Sr. Gral. **Francisco J. Mújica**, ordenó que la demolieran y se abriera un corte de más de dos metros por debajo del piso de la misma, es decir, rebajando la loma donde estaba cimentada. Con ello desapareció también, el viejo cementerio anexo, ya borrado superficialmente, por lo que los restos humanos que aparecieron se desintegraron con esta acción; en el concepto de que éstos mezclados con los escombros de las paredes, sirvieron para arreglo de las calles de la población. Así fue como se esparcieron irreverentemente, los polvos de aquel santo varón, Padre Antonio Tempis. Solo en un acto de ejemplar humanidad el maestro de obras, Sr. **Modesto González**, recogió algunos fragmentos óseos del Padre Díaz antes citado, depositándolos en el panteón local.

Durante la etapa en que no existió iglesia, también se tenía la impresión de no haber fe católica en Santiago de Los Coras. Esto se debió, posiblemente, a la falta de sacerdote estable que de manera ocasional ocurría a oficiar en casas particulares y aún bajo algún árbol frondoso. O bien la causa haya sido el humano interés por congraciarse con el gobernador, de quien se aseguraba ser radicalmente ateo.

Al desaparecer la iglesia, sucedió que el Patrono del lugar, traído aquí en tiempo del padre Tempis (1737), permaneció en su altar hasta el último momento pues nadie se atrevía a tocarlo, hasta que el representante de Bienes Nacionales lo tomó para depositarlo en el corral de su domicilio.

Igualmente, cerca del lugar donde había estado la iglesia, quedó un par de viejas campanas agrietadas y cubiertas por la pátina del tiempo, ostentándose en la falda de una de ellas, en alto relieve, esta fecha: 1723, y otros signos que de momento no recuerdo. La propia campana, es sin duda, la que rescató el padre Nápoli del fondo de la laguna y que ahí la arrojaron en tiempo de la insurrección Cora. En cuanto a los demás utensilios del culto, existía costumbre de guardarlos en casa de una familia de apellido **Reza**.

Tocante al Santo Santiago, virtud a que se encontraba a la intemperie, se fue destruyendo gradualmente, a tal estado que se cayó la cabeza y se desintegró parte de la vestidura. Por este motivo, un devoto del pueblo, Don **Alonso Lucero**, lo solicitó en guarda, llevándolo a su casa.

Fallecido este señor y siendo yo Delegado del Gobierno en la jurisdicción, sus familiares me pidieron hacerme cargo de la escultura, a lo cual accedí, ordenando que se le colocara en una de las piezas de un local que era a mi cuidado.

En 1947 se inicia una nueva edificación de la iglesia; esta vez por los padres Combonianos italianos, habiéndose distinguido por su la-

bor en los trabajos respectivos **Luis Ruggera** y **Mario Manghini Pecci**.

Por mucho tiempo estuvo bajo mi custodia el patrono de Santiago, tocándome entregarlo, personalmente, al ya mencionado padre Ruggera, para ser colocado en el nuevo santuario. Después de haber sido remozado, hoy se le aprecia un porte recio y distinguido, faltándole únicamente para completar su atuendo tradicional del peregrino, el característico sombrero con las tres simbólicas conchas marinas.

En cuanto a las viejas campanas, estas fueron restañadas y, hoy como ayer, con su sonoro tañido, siguen convocando a servicios religiosos a los santiagueños, igual que lo vienen haciendo por varias generaciones desde hace más de dos y medio siglos.

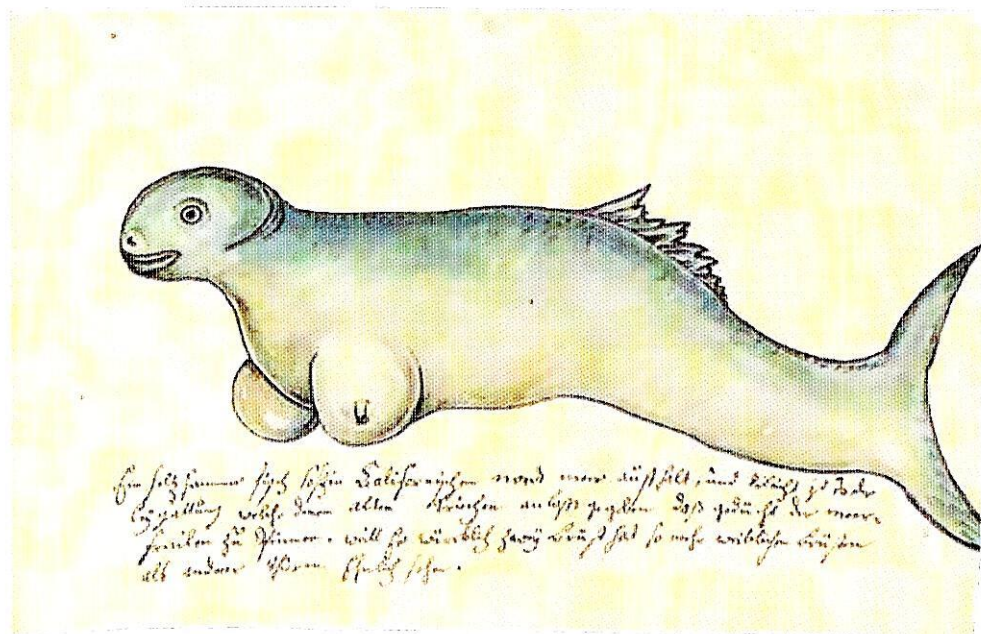
Cuando azotó esta región el *ciclón Liza* en 1976, y ya que Santiago quedó en el epicentro del meteoro, esta población y por consiguiente la iglesia, sufrieron grandes daños, a tal grado que hubo necesidad de derrumbar la nave, para su correspondiente reconstrucción, habiéndose obtenido de la **Institución Católica Alemana Aveniant**, fondos para llevar a cabo estos trabajos, completándose el costo de los mismos con aportaciones de varios residentes altruistas del lugar. Esta obra se inició en febrero del año de 1979 y se concluyó al finalizar el mismo. Ya terminada se contempla un magnífico templo de ladrillo con techo de cemento armado y amplios ventanales, estando a cargo del honorable sacerdote **P. Mario Franco Galletto** quien mucho ha luchado por su credo y la reconstrucción de su iglesia, ayudado por las abnegadas madres **Hermanas Misioneras del Calvario**, que merecen un cálido reconocimiento.

Como se vio en este relato, la iglesia de Santiago de Los Coras, desde su fundación, ha sido destruida varias veces y algunas arrasada hasta por abajo de sus cimientos, pero el impulso potencial de la fe ha obrado, haciéndola aparecer de nuevo.

BREVE DESCRIPCIÓN SOBRE ENSENADA DE PALMAS

Es Ensenada de Palmas una gran rada de singulares atractivos.

En su extremo norte se encuentra Punta Pescadero y en la parte sur Punta Arena.



Pez Mujer (Pez Mulier) encontrado en Ensenada de Palmas (1764)
Ilustración elaborada por Ignacio Tirsch.

Por los palmares que de remotos tiempos existen en varias partes de sus márgenes, es lógica la razón de su nombre.

Esta zona ocupó lugar preponderante en la extinta riqueza perlera. Sin embargo, sigue contando con una abundantísima fauna marina, de índole deportiva y también comercial, complementándose su importancia con la belleza de las costas de brillante porvenir turístico.

Por estudios científicos se sabe que su potencial pesquero se debe a que los grandes cardúmenes de especies migratorias procedentes del Pacífico, que al internarse en nuestro Golfo, "reconocen" las tibias aguas de estas costas y luego prosiguen su camino, igualmente lo hacen a su regreso para volver al océano, razón por la cual siempre se cuenta con una gran cantidad de peces de diferentes especies, habiéndose encontrado ejemplares muy raros en el mundo.

En el presente y a lo largo de la margen de esta Ensenada, se ha iniciado la instalación de algunos negocios hoteleros y residencias particulares, con el fin de disfrutar de esta paradisíaca región.

RELACIÓN DE LOS PADRES JESUITAS QUE
TUVIERON A SU CARGO LA MISIÓN DE SANTIAGO
DE LOS CORAS, DESDE EL AÑO DE 1721 A 1768

Ignacio María Nápoli	1721 - 1726
Lorenzo Carranco	1726 - 1734
Ignacio María Nápoli	Marzo a Septiembre de 1736
Antonio Tempis	1737 - 1746
Francisco Escalante	1746 - 1761
Juan Javier Bischoff	1761 - 1762
Ignacio Tirsch	1762 - 1768

BIBLIOGRAFÍA

Noticias de la Península Americana de California
Padre Juan Jacobo Baegert.

Noticias de la California
Padre Miguel Venegas

Historia Natural y Crónica de la antigua California
Padre Miguel del Barco.

Historia de la Antigua o Baja California
Padre Francisco Javier Clavijero.

Sobre la Lengua Pericú de la Baja California
Anales de Antropología, UNAM.

Descripción y Toponimia Indígena de California
Miguel León Portilla.

Relación del P. Ignacio María Nápoli acerca de la California, hecha el año de 1721.
Roberto Ramos.

The Cora Indians of Baja California
James Robert Morialty III and Benjamin F. Smith.

The Journey of the Flame
"Fierro Blanco" Walter Nordhoff

Guía Familiar de la Baja California 1700-1900
Prof. Pablo L. Martínez

The Sea of Cortes
Ray Cannon

Testimonios Sudcalifornianos
UNAM

Las Misiones de Baja California
Michael Mathes.- 1683 – 1849.

Correspondencias del P. Eusebio Kino
Ernest J. Burrus S.J.

Querétaro en la Conquista de Las Californias
Arturo Paulín.

Notas del Pacific Coast Archaeological Society
Quartrly.

El Ingenioso Don Francisco de Ortega, sus Viajes y Noticias de California. 1632-1636
Miguel León Portilla.

Enciclopedia Ilustrada de la Lengua Española
W.M. Jackson Inc.

The Indian Uprising in Lower California. 1734-1737
Father Segismundo Taraval.

The Drawings of Ignacio Tirsch
Doyce B. Numis, Jr. Elizabeth Schulz Bishop.

Historia de la Compañía de Jesús
Francisco Xavier Alegre.

Obras de la Biblioteca Pública de "Las Californias"
Madero y 5 de Mayo, La Paz, B. C. S.

Fundación de la Misión de Santiago Aiñini
se terminó de imprimir en el mes de agosto de 2021
en los Talleres Gráficos de la
Fundación Cultural Mecenas del Libro A.C.,
con un tiraje de 1,000 ejemplares.



correo electrónico:
flmmecenas@hotmail.com



DIRECCIÓN GENERAL DEL
SISTEMA INSTITUCIONAL DE
ARCHIVOS



CÉSAR OSUNA PERALTA



Nació el 19 de enero de 1913 en la población de La Purísima, municipio de Comondú, B. C. S., y murió en La Paz, B. C. S., el 05 de mayo de 1982.

En 1936 fue secretario de la Delegación de Comondú, cargo que desempeñó en el mismo año en la Delegación de Santiago; y en 1938 en la Delegación de Todos Santos.

Al regresar a la Delegación de Santiago el entonces gobernador lo nombró Fomentador Agrícola hasta 1951. Aquí desempeñó al mismo tiempo el cargo de Delegado de gobierno y Vocal de la Comisión Agraria Mixta, hasta enero de 1966.

Impulsó lo que fue el aeropuerto de Santiago y la comunicación terrestre; fomentó el turismo cinegético de extranjeros a Santiago, llegando personalidades de la alta sociedad estadounidense; logró el interés de investigadores y paleontólogos internacionales por los restos fósiles del rancho "El Refugio", donde atendió a William C. Massey y se le distinguió al imponerse su apellido a una concha de ostión denominándole "*ostra Californica Osuna I*".

Donó el terreno para el Jardín de Niños de Santiago. En la investigación histórica fue asesor del Cronista del Gobierno del Estado en 1978, impulsando la creación del Museo Regional de Antropología e Historia de La Paz, de la Casa y de la Biblioteca de "Las Californias".

En 1980 editó dos textos importantes: "San José del Cabo en el 250 Aniversario de su fundación", y el presente libro relativo a la Fundación de la Misión de Santiago, con el cual recorre las principales fuentes historiográficas de la Misión de Santiago y aporta nuevos datos que ayudan a la comprensión de la evolución social de esta comunidad.